

Pescar y escribir con los pies

Matías Kraber recorre los goles y los personajes de Soriano, de Cipolletti a Tandil, y del sur americano al viejo continente, para regalarnos un texto tan preciso como emotivo.

Algunos intelectuales jurarían que son mentiras. Que jamás jugó al fútbol, que sólo fue un goleador de la palabra. Capaz de hacerla tararear una sinfonía de goles como los de Maradona a los ingleses, era el más astuto de los mentirosos: el que logra ponerse el saco del otro y de ahí adentro sacar literatura como conejos. Pero esos políglotas quizá sean demasiado escépticos y hayan olvidado la condición metafísica de todo escritor. Hay otros yo dentro de uno mismo y tal vez, alguno de todos ellos, fue un 9 goleador de San Lorenzo. Un matador que nació en Mar del Plata y vivió sus primeros amores entre las sierras bonaerenses y el Alto Valle de Río Negro.

“Los intelectuales detestan el fútbol”, repetía el gordo echando una bocanada de humo cubano mientras acariciaba a su gato negro en algún tugurio porteño que bien pudo ser una pizzería de calle Corrientes o la casa de su amigo Osvaldo Bayer.

Sus viejos querían que fuera ingeniero pero a él las matemáticas le resultaban un laberinto sin salida. Así fue que entre Tandil y Cipolletti –trabajando con el metal o recogiendo manzanas respectivamente– tejió los primeros pasos de 9 de sus cuentos en Confluencia e Independiente. Astuto goleador capaz de robarle la novia al 6 de su equipo o de anotar un gol imposible de visitante para terminar todos en cana con el famoso Gallardo Referí de Rebeldes, soñadores y fugitivos.

“El gordo, el que soñaba con ser Ermindo Onega y no con Julio Cortázar”, definió el Negro Fontanarrosa a –pongámosle– su primo Osvaldo Soriano. El Negro sería el win canalla que desborda por la punta para tirar el centro al área y que el Gordo cabecee.

Goles populares que ya son vinos guardados en roble para los argentinos. Manual de consulta para entender la pasión con la filosofía del que camina el submundo de los barrios

con el anzuelo de los personajes anónimos. La sapiencia del observador en el tugurio. El 9 que camina sigiloso al borde de la primera línea de cal del arco enemigo, otario, distraído; hasta que encuentra la ráfaga del instante que los escépticos llaman suerte pero son astucias de buen pescador.

Su viejo, José Vicente Soriano, un catalán obrero de Obras Sanitarias vivía en permanente mudanza por su trabajo. Así fue que llegaron a Cipolletti, donde no había librerías ni espacios para escuchar música o representar teatro. Los diarios tardaban tres días en llegar y el último equipo que había visitado Neuquén fue un ignoto plantel de Banfield que arribó exhausto tras 36 horas de tren. Por lo tanto, había dos chances en la tierra patagónica donde el gordo vivió el final de su infancia y los años fragorosos de su adolescencia: el fútbol o las carreras de motos que empezaban a ponerse de moda. Y él se dio varios coscorrones en la moto peronista Tehuelche para entender que su talento no estaba en las pistas sino en las canchas. “La pelota era otra cosa: yo tenía la impresión de ganarme unos segundos de más en el cielo cada vez que entraba al área y me iba entre dos desesperados que presumían de carniceros y asesinos”, relata Soriano en sus primeros amores que recuerda con pluma en Cuentos de los años felices. Una hama del recuerdo entre su primera novia y su primer gol. Dos escenas que el escritor funde como amantes celosos porque tratan de sus experiencias más sublimes, marcando para siempre el sello de una literatura que se escapa de los cánones pero se mete en esos trenes del pueblo que lo acompañan para siempre.

Ese tipo es Osvaldo Soriano hace más de 50 años: el que hace el amor por primera vez con su novia de 15 en una butaca de madera de un cine desértico de la Patagonia y el que espera un centro rasante del win dere-

cho, que primero pifia el número 10 y le cae a él que ahueca el pie y le pega cruzado para ir a buscar los abrazos de sus compañeros. Después vinieron sus tiempos en Independiente de Tandil, mientras laburaba de sereno de los metalúrgicos y fabricaba criaturas inolvidables que serían conocidas más tarde por el público. El hijo de Butch Cassidy: un cowboy entre los gauchos que andaba oficiando de árbitro con un revólver a la cintura en las tierras del fin del mundo. O el mundial de 1942 que no figura en ningún libro, pero se jugó en la Patagonia y lo ganaron los mapuches con la ayuda de este cowboy que despojó a Italia de todos sus títulos. O el penal más largo del mundo en el Estadio de Estrella Polar, o esos directores técnicos llamados Orlando el sucio y Peregrino Fernández, que venía de dirigir en Cali a nuestro sur y a un 9 como el gordo.

Osvaldo Soriano fue éste realizador mágico que supo elevar el anonimato del potrero y los personajes pueblerinos a un estadio con clamor de bombonera. Él probó de afuera y acertó: metió sus historias en *Primera Plana*, *La Opinión* –de un Timerman que no quería saber nada de deportes, a quien él logró convencer– *Página/12* y el II manifiesto comunista de Italia que le aportaría quizá el gol de carambola más bonito que no pudo ver. Aportar la semilla para que en 2001 un grupo de escritores funde el “Osvaldo Soriano Football Club” en la liga de escritores de Europa, con casaca azul y un escudo que es la caricatura que realizó Daniel Paz en *Página/12* el día de la partida del gordo, en 1997. De esto Soriano no se enteró, pero estaría muy contento al ver otro de sus grandes goles tocar la red de la realidad y romper quizá con su viejo axioma: “los intelectuales detestan el fútbol”. Tal vez sólo se trataba de que algún gurú les enseñe a pensar con los pies.